

## Melvil Dewey y el orden de los libros: clasificar el cocimiento humano

*Melvil Dewey and the order of books: the  
classification of human knowledge*

Héctor Vera

Melvil Dewey,  
clasificación  
decimal, bibliotecas,  
conocimiento,  
sistema métrico.

Este artículo analiza la obra del bibliotecólogo y educador estadounidense Melvil Dewey (1851-1931). Por una parte, se examina el origen y estructura de su sistema decimal de clasificación (CDD) y su contribución para la organización de bibliotecas y para la categorización del conocimiento humano. Por otra parte, se destaca la participación de Dewey en otras reformas que tuvieron impacto en las convenciones para medir, almacenar y catalogar libros en las bibliotecas, principalmente su interés en el uso del sistema métrico de pesas y medidas. Finalmente, se explica cómo los proyectos impulsados por Dewey eran producto de su interés por mejorar la educación pública a través de métodos y procedimientos claros y eficientes.

*Melvil Dewey,  
classification,  
decimal, libraries,  
knowledge,  
metric system.*

*This article analyses the work of the American librarian and educator Melvil Dewey (1851-1931). First, the paper examines the origin and structure of the Dewey Decimal Classification (DDC) and his contribution to organize libraries and categorize human knowledge. Secondly, the article underlines Dewey's involvement in other reforms than transformed the conventions to measure, store, and catalog books in libraries—mainly his interest in employing the decimal metric system. Finally, the paper explains how Dewey's projects were product of his interest to improve public education by using clearer and more efficient methods and procedures.*

### Introducción

El nombre de Melvil Dewey (1851-1931) es recordado principalmente por su papel como inventor de uno de los sistemas de clasificación de bibliotecas más exitosos de los últimos 150 años: el sistema de clasificación decimal Dewey (también conocido como CDD). Este sistema es usado ampliamente alrededor del mundo para catalogar y ubicar libros de acuerdo a un orden temático. Según una estimación, en 1996 (120 años después de su primera aparición), el CDD era usado en más de 200 mil bibliotecas, en 135 países, para organizar sus acervos (WIEGAND, 1998, p.175). Varios aspectos de la creación de este sistema, su funcionamiento y su posterior impacto sólo se entienden a la luz del pensamiento de su creador y de la situación en

la que fueron concebidos y llevados a la práctica.

Idear, perfeccionar, implementar y difundir un sistema de clasificación de bibliotecas fue para Dewey sólo una parte de lo que asumió personalmente como una *misión* más trascendente: mejorar y ampliar la educación pública —desde joven hablada de su deseo por que hubieran “escuelas gratuitas y bibliotecas gratuitas para cada alma” (WIEGAND, 1996, p. 22)—. A esa tarea se acometió Dewey con constancia y tozudez, concentrado especialmente en promover tres distintas reformas: mejorar el funcionamiento de las bibliotecas (campo en el que fue más exitoso), lograr el uso exclusivo del sistema métrico decimal e impulsar una reforma ortográfica del idioma inglés.

Desde que estudiaba la universidad en la década de 1870 en Amherst College (en cuya biblioteca trabajó por algunos años, desde que era estudiante, y donde preparó y experimentó con su sistema), Dewey entendió la importancia de la educación más allá de las aulas escolares y consideró que entre las instituciones más relevantes en la formación “extramuros” estaban las bibliotecas. Esto coincidió con una época en Estados Unidos en que las bibliotecas públicas se multiplicaban a lo largo del territorio. Tras visitar muchas bibliotecas, estudiar su funcionamiento y empaparse de la literatura sobre “economía bibliotecológica”, Dewey notó que había gastos innecesarios debidos a la duplicación de actividades básicas como la catalogación y clasificación de libros, pues había casi tantos métodos y procedimientos como había bibliotecas. La solución a este dispendio, pensó Dewey, estaría en las virtudes de la estandarización coordinada desde un punto central, lo que evitaría la duplicación de esfuerzos —economizar a través de la uniformidad de método—. Con eso se evitaría gastar tiempo y dinero en catalogar un mismo título cien veces en cien distintas bibliotecas, además de ahorrar igualmente en los costos ulteriores por la constante recatalogación y reclasificación (COMAROMI, 1969, p. 1-3; WIEGAND, 1996, p. 20-25).

Mientras era aún estudiante en Amherst College, Dewey escribió en uno de sus cuadernos de lecturas: “Mi corazón está abierto a cualquier cosa que sea decimal o sobre bibliotecas” (citado en WIEGAND, 1996, p. 20). En poco tiempo pudo combinar ambos entusiasmos en el sistema de clasificación que le dio fama. En un artículo —escrito décadas después— donde hizo un recuento de cómo fue la creación del CDD (conocido inicialmente como el “método Amherst”), Dewey comentó que aspiraba a encontrar una solución con la “más grande simplicidad posible”. La “absoluta simplicidad”, decía, se obtendría “usando los símbolos más simples que se conozcan: los numerales arábigos como decimales, [...] para expresar numéricamente una clasificación de todo el conocimiento humano impreso” (DEWEY, 1920, p. 151).

En 1876 Dewey patentó su sistema de clasificación y publicó la primera edición de *A Classification and Subject Index, for Cataloguing and Arranging the Books and Pamphlets of a Library*.<sup>1</sup> Ahí Dewey explicaba que al aplicar este sistema, la utilidad de las bibliotecas “será incrementada enormemente sin gastos adicionales; [...] con su

<sup>1</sup> En futuras ediciones el libro se tituló *Decimal Classification and Relative Index for Libraries*.

ayuda los catálogos, listas de anaqueles, índices y referencias cruzadas esenciales para esta creciente utilidad se pueden hacer de un modo más económico que con cualquier otro método” (DEWEY, 1876, p. 4). Este principio era característico del pensamiento de Dewey: hacer más con menos para mejorar los medios educativos.

En algunos sentidos, el sistema de clasificación *decimal* para bibliotecas ideado por Dewey sigue una lógica similar a la usada por el sistema métrico y por el dólar estadounidense. En el sistema métrico decimal de pesas y medidas cada unidad de medida es dividida en diez subunidades que pueden ser divididas a su vez en diez partes y así sucesivamente —como el metro, que se divide en diez decímetros, el decímetro en diez centímetros, el centímetro en diez milímetros etcétera—. El dólar, por su parte, fue la primera moneda nacional en seguir una progresión decimal, gracias en parte a un proyecto de Thomas Jefferson de fines del siglo XVIII. En el plan diseñado por Jefferson había una moneda de diez dólares llamada *eagle*, el dólar se dividía en diez *dimes*, el *dime* a su vez en diez *cents*, y el *cent* en diez *mills* (JEFFERSON, 1953); este modelo sustituyó al viejo sistema inglés donde una libra inglesa se dividía en 20 chelines y cada chelín en 12 peniques (*i.e.* 240 peniques por libra).

En su plan para la clasificación de bibliotecas (el cual empezó a bosquejar desde 1873), Dewey concibió un esquema para ordenar los libros en un orden específico y repetible con diez *clases* principales, cada clase con nueve *divisiones*, y cada una de éstas en nueve *secciones*; que en total sumaban mil encabezados, del 000 al 999 (DEWEY, 1876; CHAN, 1981). Cada clase, división y sección tenía un número asignado. Con este formato cada campo del conocimiento, disciplina o tema tendría un lugar localizable, ordenado previamente bajo un marco general fácil de comprender. Por ejemplo, según el primer plan de Dewey (qué ha pasado por múltiples —y a veces considerables— enmiendas y reorganizaciones periódicas) la novena clase (número 900) estaba asignada a historia; una división de esa clase era historia antigua (número 930); dentro de esa clase la primera sección para historia china (número 931), la segunda para historia egipcia (932), la tercera para historia judía (933), la cuarta para historia india (934) y así sucesivamente.

Veamos otros ejemplos de esta estructura con más detalle. En esa primera edición de *A Classification and Subject Index*, la primera clase, correspondiente al cero, no quedó especificada, pero estaba reservada a obras generales como enciclopedias y obras periódicas (en ediciones posteriores se le asignó el número 000). El resto de las clases, los ejes principales que organizaban todo el sistema, eran:

- 0 (General)
- 100 Filosofía
- 200 Teología
- 300 Sociología
- 400 Filología

- 500 Ciencias naturales
- 600 Oficios y técnicas (*useful arts*)
- 700 Bellas artes
- 800 Literatura
- 900 Historia

Si detallamos una de estas clases, la sexta digamos, dedicada a los libros de ciencias naturales (500), contenía las siguientes nueve divisiones:

- 510 Matemáticas
- 520 Astronomía
- 530 Física
- 540 Química
- 550 Geología
- 560 Paleontología
- 570 Biología
- 580 Botánica
- 590 Zoología

La primera división de esta clase (510), dedicada a las obras de matemáticas, contenía las nueve siguientes secciones:

- 511 Aritmética
- 512 Álgebra
- 513 Geometría
- 514 Trigonometría
- 515 Sección cónica
- 516 Geometría analítica
- 517 Cálculo
- 518 Cuaternión
- 519 Probabilidad

Con esta cuadrícula jerarquizada y organizada decimalmente con la que se da un lugar específico y fácilmente rastreable a cada área del conocimiento, el sistema de Dewey se caracteriza por una *localización relativa*: se numeran los libros en términos de la relación de unos con otros, sin importar los anaqueles o salones de la biblioteca donde fueran ubicados (rompiendo así con ese uso generalizado en muchas bibliotecas). Esto se complementa con un índice relativo que muestra la localización de un tema dentro del esquema general, algo particularmente útil pues en muchos casos un tema cabe en más de un campo de estudio (CHAN, 1981, p. 218-219).

En términos más generales, CDD es una jerarquización de los campos de conocimiento que, por medio de un código numérico, podía diferenciarse una y otra vez —lo que permitiría expansiones ilimitadas dentro de cada tema—. Una vez introducido en las bibliotecas (en Estados Unidos o alrededor del mundo) este sistema

garantizaría un modo de acceso inequívoco a los libros en el acervo, independientemente del idioma. El sistema presumía de flexibilidad, inteligibilidad y claridad, y con él Dewey aspiraba a promover una organización más eficiente de las rutinas de las bibliotecas y optimizar su gestión (KRAJEWSKI, 2011, p. 88).

Si los símbolos usados para asignar un lugar a los libros eran fácilmente comprensibles y universalmente comprendidos (e independientes de cualquier alfabeto), y la clasificación abarcaba todos los conocimientos, el sistema —en teoría— podría ser utilizado con simplicidad en cualquier parte del mundo y desde cualquier contexto cultural. Esos símbolos eran los numerales arábigos, que eran de gran importancia para los propósitos de Dewey; en el prefacio a la primera edición de *A Classification and Subject Index* sostenía que:

“Los numerales arábigos pueden ser escritos y encontrados más rápidamente y con menos riesgo de confusión o error que cualesquiera otros símbolos. Por lo tanto, quedan completamente descartados los numerales romanos, las letras mayúsculas y minúsculas y símbolos similares que se hallan usualmente en otros sistemas de clasificación; con el uso de los numerales arábigos y su orden regular a lo largo de los libreros, clasificaciones, índices, catálogos y registros se asegura la mayor precisión, economía y conveniencia. Esta ventaja es especialmente prominente en comparación con sistemas donde el nombre del autor o el título tienen que ser escritos para buscar libros y llevar registros” (DEWEY, 1876, p. 8).<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Todas las traducciones del inglés a lo largo del capítulo son mías.

Las ideas de Dewey eran no sólo ingeniosas, sino elegantes y fáciles de utilizar —no es un accidente que se le considere uno de los santos patronos de la bibliotecología—. Sin embargo, el sistema no estuvo libre de críticas ni exento de problemas. Por un lado, era un sistema que reflejaba —quizá de un modo demasiado transparente— las preferencias culturales, religiosas y geográficas del lugar donde fue creado. Las divisiones en literatura, por ejemplo, estaban destinadas sólo a lenguas europeas, dejando a las letras chinas, egipcias, indias, etc. en el bloque de “otras lenguas” y dentro de ese grupo la sección final (la número 899) sólo decía “otras” (donde quedarían, entre otras, toda la literatura de las lenguas americanas).

Por otra parte, la geometría y sencillez de su clasificación cerrada (con un número predeterminado de clases, divisiones y secciones) era una de sus principales virtudes, pero también una de sus más visibles limitantes. En particular, el CDD es poco apto para adaptarse a los cambios en la ciencia y otros campos de saber y creación. Y las innovaciones científicas han sido rápidas y numerosas desde fines del siglo XIX hasta nuestros días; son, además, impredecibles por definición. No había modo de planear por adelantado, en un sistema como el de Dewey, la importancia que va tener la computación o la genética, digamos.

Es por esto que el CDD ha tenido que pasar por múltiples revisiones (más de veinte hasta la fecha), que conllevan necesariamente a reclasificaciones. Estas revisiones periódicas —una cada siete años

3 Otras críticas al CDD han sido de carácter extraintelectual, pues ha habido tal asociación entre el sistema de clasificación y su creador, que en ocasiones se ha atacado al primero por descalificaciones contra el segundo. Hay quienes, por ejemplo, ha rechazado clasificar algunas bibliotecas siguiendo el sistema de Dewey por considerar que éste era misógino y racista (Bidgood, 2011).

aproximadamente— tienen varias formas. A veces hace falta introducir nuevos temas y proveer subdivisiones más específicas para temas existentes. En otras ocasiones, es preciso discontinuar subdivisiones que son utilizadas sólo esporádicamente. También puede ser necesario realizar una relocalización debido a que ciertos temas estaban mal ubicados, para hacer espacio a nuevos temas cuando no hay números disponibles o para realinear algunos campos de conocimiento (CHAN, 1981, p. 221-223).<sup>3</sup>

Es por esto que si se compara el esquema de los mil encabezados originales (de 1876) con la edición más reciente del CDD (de 2011) se encontrarán cambios visibles, incluso al nivel más general de las clases, que es el que menos transformaciones ha sufrido (como puede verse en el Cuadro 1).

Clases	CDD 1876	CDD 2011
000	(General)	Ciencia de los computadores, información y obras generales
100	Filosofía	Filosofía y psicología
200	Teología	Religión, teología
300	Sociología	Ciencias sociales
400	Filología	Lenguas
500	Ciencias naturales	Ciencia
600	Oficios y técnicas ( <i>useful arts</i> )	Tecnología
700	Bellas artes	Artes y recreación
800	Literatura	Literatura
900	Historia	Historia y geografía

**Cuadro 1** Comparación de las categorías en la primera edición del DDC (1876) y la Vigésima tercera edición (2011)

Además de sus propias limitaciones, el sistema de Dewey tuvo que “enfrentarse” contra otros sistemas de clasificación de bibliotecas que igualmente pretendían ser hegemónicos. El más notable de ellos fue el inventado por Herbert Putnam en 1897: la Clasificación de la Biblioteca del Congreso (LCC, por sus siglas en inglés), que actualmente es el más utilizado en las bibliotecas académicas y de investigación más grandes en Estados Unidos y otros países. El CDD se ha mantenido como el sistema más socorrido por las bibliotecas públicas y pequeñas bibliotecas académicas.

### Clasificar libros y saberes

Visto a la distancia, el sistema de clasificación de Dewey es un episodio en una larga historia donde se cruzan dos asuntos que han provocado innumerables consideraciones filosóficas y prácticas: cómo organizar

4 Un detallado trabajo sobre el CDD y la organización del conocimiento humano es Miksa, 1998.

5 El mismo Jorge Luis Borges dejó algunas líneas curiosas sobre estos asuntos en su muy citado ensayo “El idioma analítico de John Wilkins” (1996:162-169).

el conocimiento y cómo ordenar los libros en una biblioteca (temas entrelazados en varios puntos, mas no idénticos).<sup>4</sup>

El problema de cómo disponer con cierta lógica los volúmenes de una biblioteca ha producido todo tipo especulaciones, manías e idiosincrasias, además de abundantes divertimentos intelectuales. El ingeniero Henry Petroski, por ejemplo, al considerar algunas posibilidades para ordenar los libros en un librero menciona las siguientes: alfabéticamente por apellido del autor, alfabéticamente por título, por tema, por tamaño, por color, por pasta dura y rústica, por leídos y no leídos, cronológicamente por orden de adquisición, cronológicamente por orden de publicación, por número de páginas, por ISBN, por precio, por valor sentimental, por nuevo y usado, etcétera (1999, p. 233-252). El novelista Georges Perec abundó en otras posibilidades: por continentes o países, por encuadernación, por formato, por géneros, por grandes periodos literarios, por idioma, por prioridad de lectura, por serie, etcétera (2001, p. 31-32).<sup>5</sup>

Este asunto, que puede parecer ocioso y puramente especulativo, tiene en la práctica bibliotecológica consecuencias tangibles. Antes de Dewey cada biblioteca seguía su propio método de ordenamiento y muchas veces lo que hacían simplemente era asignar a cada libro que ingresaba al acervo, según se iban adquiriendo, un número que indicaba su colocación fija en un librero y una fila. Algo que no era provechoso ni para los lectores ni para los bibliotecarios. El CDD fue un feliz remedio para este mal.

Pero, como ya se dijo, el proyecto de Dewey era que su clasificación sirviera para ordenar “todo el conocimiento humano impreso”, asunto que va mucho más allá de la cuestión más mundana de qué secuencia y colocación deben tener los volúmenes en un anaquel. Aquí la filosofía entra en pleno a la discusión. Dewey no fue un erudito ni un gran hombre de ideas y nunca participó en los debates filosóficos que un esquema como el suyo pudo haber acarreado. Sin embargo, su trabajo de clasificación del conocimiento (esto es, su labor para organizar, distinguir y dividir los saberes) formaba parte de una tradición específica; como cualquier otra clasificación, la suya estaba fundada en ciertas formas de pensamiento creadas en contextos sociales e históricos específicos (ZERUBAVEL, 1997, p. 53-67). Así, tras el armazón clasificatorio de Dewey están las influencias de Bacon y Hegel, que recibió indirectamente a través de los trabajos de otros bibliotecarios, como el realizado en la década de 1830 por Edward W. Johnston y el de un contemporáneo suyo, William T. Harris —de la biblioteca de la St. Louis Public School Library—, cuyos trabajos sirvieron de antecedentes al CDD (WIEGAND, 1998; COMAROMI, 1969, p. 8-16; GRAZIANO, 1959).

El historiador Peter Burke recientemente ha puesto en perspectiva la contribución de Dewey al problema filosófico de cómo se clasifica el conocimiento (2012, p. 52-56). Un debate que en la época moderna se remonta, cuando menos, desde Francis Bacon en el siglo XVII y los enciclopedistas franceses de la ilustración en el siglo XVIII.

El “ordenamiento del mundo de lo escrito” no inició en el siglo xvii, por supuesto, pues desde la edad media se intentó dominar, a través de inventarios y clasificaciones, el aumento sostenido en el número de libros manuscritos e impresos (CHARTIER, 2000, p.19, 83-84). Pero lo que sí fue más novedoso posteriormente fue la forma y las ambiciones de las clasificaciones de libros y conocimientos. Diderot y los intelectuales franceses de la *Encyclopédie* participaron en un amplio movimiento para redibujar el mapa de los conocimientos usando nuevas categorías y de acuerdo a una lógica no usada anteriormente (DARNTON, 1987).

Con mucha intensidad desde el siglo xviii aparecieron importantes trabajos clasificatorios en varias ciencias: Linneo en la botánica, Lavoisier en la química, Lamarck en la zoología, etcétera. Este movimiento de reclasificación, que se vivía el interior de varias disciplinas científicas, llevó a la tarea más general de reorganizar a las ramas mismas del conocimiento. En el siglo xix, por ejemplo, los sociólogos y filósofos Auguste Comte y Herbert Spencer, cada uno por su cuenta, trabajaron en hacer grandes esquemas para dividir y organizar las distintas ciencias y disciplinas (e.g. distinguir entre ciencias “abstractas” y “concretas”). Sin embargo, como apunta Burke, no es muy claro qué consecuencias tuvieron esos nuevos esquemas en quehaceres intelectuales concretos; pero la reclasificación de los libros sí ha tenido consecuencias prácticas palpables, pues se puede argüir que “nuestra imagen del árbol del conocimiento —aquella que tienen tanto los académicos como el público en general— le debe más a la organización de las bibliotecas que a ninguna otra cosa” (2012, p. 54). Y en esto los trabajos de Dewey jugaron un papel crucial, como ya vimos.

Que Dewey estaba más preocupado por la eficiencia del trabajo de las bibliotecas que en el trasfondo filosófico de su clasificación queda de manifiesto si atendemos al orden en que Dewey fue concibiendo su sistema. Su método de notación y división (decimal con numerales arábigos), tuvo primicia sobre la estructura de la clasificación del conocimiento misma. Pues el primero ya estaba detallado antes de que la segunda fuera adoptada (COMAROMI, 1969, p. 6-7).

## Libros y estandarización métrica<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Partes de este apartado fueron publicadas previamente en inglés en Vera, 2010.

El mismo año de la publicación de su plan de clasificación, 1876, cuando sólo tenía 25 años de edad, Dewey fundó tres organizaciones, cada una dedicada a sus principales planes de reforma: la American Library Association (Asociación Estadounidense de Bibliotecas), la Spelling Reform Association (Asociación para la Reforma Ortográfica), y el American Metric Bureau (Buró Métrico Estadounidense). En las tres él mismo fungió como secretario general y se encargó de resolver casi todas sus tareas. Que las tres organizaciones tuvieran un impacto considerable en sus respectivos campos —y que la American Library Association funcione hasta la fecha como la más grande y más

extensa asociación de bibliotecas en el mundo— habla de la notable determinación y sentido de la oportunidad de ese joven.

Como se mencionó al principio, los tres programas de reformas exploradas por Dewey —eficiencia en las librerías, reforma ortográfica e introducción del sistema métrico en Estados Unidos— eran parte de la visión global que impulsaba su trabajo: la educación de las masas. El lema de la American Library Association, por ejemplo, era “Las mejores lecturas para el mayor número, al menor costo”. Dewey pensaba que las bibliotecas debían estar bien organizadas para proveer a los lectores, especialmente aquellos de las clases bajas, con lecturas que formaran su buen gusto y desarrollaran su intelecto. Complementariamente, reformar la ortografía y los pesos y medidas permitirían a los alumnos de educación media y básica ahorrarse mucho tiempo de clases (tiempo que perdían en aprender la intrincada ortografía del inglés y las poco sistemáticas unidades de medición tradicionales) y podrían emplear ese tiempo ahorrado en aprender sobre otros temas útiles que quedaban fuera de los programas de estudio.

Dewey estaba preocupado por la falta de acceso a lo que consideraba “buenas lecturas”, lo que lo llevó, a través de la American Library Association, a promover colecciones de libros básicas que toda biblioteca pública debía tener (en vez de dejar que cada institución, bibliotecario o comunidad pudiera definir y seleccionar su propio acervo, como era la idea de muchos). Dewey se enroló así no sólo en la estandarización de procedimientos bibliotecológicos, sino también, de algún modo, en la estandarización de la cultura y el buen gusto. La American Library Association, por ejemplo, circulaba listas de títulos esenciales para las bibliotecas públicas —como su catálogo de cinco mil volúmenes para una biblioteca “popular”, que enumeraba libros recomendables sobre historia, biografías, literatura, obras de referencia, etc. (AMERICAN LIBRARY ASSOCIATION, 1893).

La segunda de las organizaciones que fundó, el American Metric Bureau, tenía que ver con el perenne interés de Dewey por lograr que se adoptara el sistema métrico decimal en su país.

De acuerdo a algunas notas autobiográficas resguardadas en su archivo, el interés de Dewey por una reforma metrológica surgió cuando tenía quince años y sintió una gran frustración por la falta de simplicidad en las pesas y medidas tradicionales y cómo éstas eran enseñadas en las clases de matemáticas, particularmente en relación a los números compuestos. Así describe Dewey cómo se interesó en el sistema métrico:

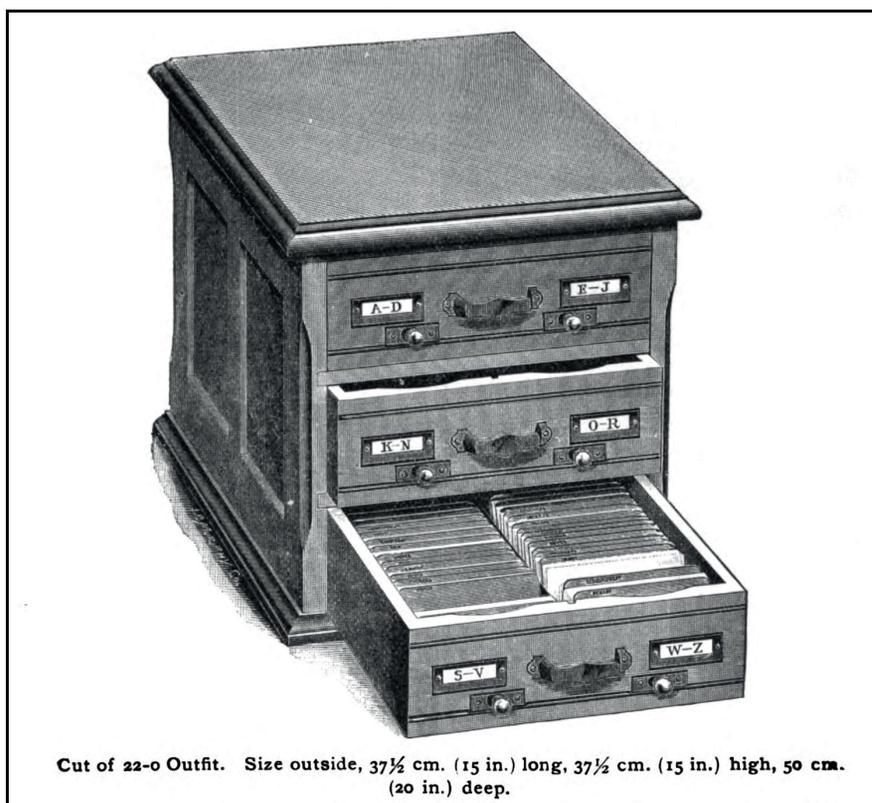
“En la escuela en el Adams Center me revelé contra los números compuestos. Le dije al maestro que la geometría nos enseña que la distancia más corta entre dos puntos es la línea recta y que era absurdo tener una medida larga, una medida de agrimensor y una medida para telas; también era absurdo tener *quarts* y *bushels* de distintos tamaños, y tener pesas troy, pesas del sistema *avoirdupois* y pesas de boticario, con una libra de plumas más pesada que una libra de oro. [...] decidí que el

mundo necesitaba sólo una medida de longitud, una de capacidad y una de peso y que ellas debían estar en simples decimales, como nuestra moneda. Mientras meditaba sobre qué nombre darle a estas nuevas medidas leí [...] que en el Congreso se discutía un proyecto de ley para legalizar el sistema métrico. De inmediato busqué qué era, hallé que se ajustaba a la perfección con mi plan y a la semana siguiente fui al liceo de nuestro pueblo y di una plática sobre los méritos de ese sistema internacional de pesas y medidas. Desde ese día me convertí en un apóstol métrico” (MDP, caja 67; DAWE, 1932, p. 277-280).

Dewey comisionó la creación de dos comités de educadores para que estudiaran el impacto de la introducción del sistema métrico y de la simplificación ortográfica del inglés en los sistemas de enseñanza. Estos comités reportaron que usar exclusivamente unidades métricas, abolir el uso de números compuestos y usar la “ortografía científica” le ahorraría de tres a cuatro años al estudiante promedio entre el inicio de la primaria y el fin de la universidad. Tan sólo la reforma métrica le ahorraría un año completo de educación a cada estudiante. De acuerdo con Dewey, “la importancia de esto es simplemente incalculable en una época donde nos resulta imposible introducir en nuestros limitados cursos los temas que parece necesario enseñar”. La vida escolar del niño promedio es tan corta que un sistema que cause tanto desperdicio es un crimen nacional” (MDP, caja 66). Los resultados de este estudio fueron una de las armas favoritas de Dewey en los debates públicos sobre metrificación y reforma ortográfica (WIEGAND, 1996, p. 43).

En su doble papel como secretario general de la American Library Association y del American Metric Bureau, Dewey pudo combinar ambas tareas. Como presidente del comité de estándares de la American Library Association determinó fijar los tamaños de las tarjetas de los catálogos de las bibliotecas en unidades métricas: 5 por 12.25 cm (conocidas como “tamaño Harvard College”) y 7.5 por 12.5 cm (“tamaño postal”). Esta decisión generó a su vez toda una serie de cambios en lo que podríamos llamar el “medio ambiente material” de los libros en las bibliotecas: catálogos, ficheros y anaqueles, fichas que fueron diseñadas para ajustarse a las dimensiones de las tarjetas.<sup>7</sup> La American Library Association ofreció desde muy pronto vender éstos y otros artículos (escritorios, libreros, materiales de estudios) con esas especificaciones a las bibliotecas alrededor del país (LIBRARY BUREAU, 1890) (ver Imagen 1). Todo esto respondía a la idea de Dewey de que la eficiencia en una biblioteca aumentaría no sólo con técnicas uniformes de catalogación, sino también con materiales estandarizados.

7 Este proceso de estandarización métrica en las bibliotecas fue exitoso no sólo en Estados Unidos; en 1908 el Institut International de Bibliographie optó por un formato internacionalmente válido para tarjetas de fichero con las dimensiones que Dewey había propuesto: 7.5 por 12.5 cm (Krajewski, 2011:92). Esto generó un largo periodo de estabilidad hasta la década de 1980, cuando las computadoras y bases de datos comenzaron a remplazar los catálogos de fichas de papel (Burke, 2012: 46).



**Imagen 1** Fichero modelo “22-o Outfit”. Ejemplo de los muebles y utensilios que promocionaba el Library Bureau para vender a las bibliotecas en su catálogo ilustrado de 1890. (Library Bureau, 1890, p. 21.)

Dewey también se preocupó por estandarizar aspectos de los objetos que rodean y resguardan a los libros en una biblioteca. A través de las publicaciones de la American Library Association, Dewey impulsó planes para hacer más eficientes los tamaños de los libreros, por ejemplo. Le preocupaba que era común que hubiera un gran desperdicio de espacio al construir libreros más profundos de lo necesario. Un estante de 20 cm de profundidad es perfectamente adecuado para libros de 15 cm de ancho (que representaban aproximadamente el 80 por ciento de los títulos); sin embargo, abundaban libreros de 25, 30 y hasta 35 cm de profundidad. Esto, decía Dewey, “desperdicia espacio y madera, fastidiando constantemente al bibliotecario por el extravío de libros que son empujados en el vacío que se forma detrás de la hilera de enfrente” (citado en PETROSKI, 1999, p. 152).

Dewey también promovió que los catálogos en las bibliotecas debían detallar el tamaño de los libros y otros materiales impresos en centímetros, convención que se sigue usando incluso en Estados Unidos aunque aquel país no ha adoptado oficialmente el sistema métrico. Con esto se dejaron de utilizar los viejos términos para referirse a los tamaños de los libros, como folio (referían, en su

significado más general, a una hoja impresa doblada por la mitad), cuarto (una hoja doblada dos veces), octavo (una hoja doblada tres veces), etcétera. Al dejar de lado las antiguas denominaciones para designar los tamaños de los libros, Dewey estaba dejando en el pasado una convención venerable, pero imprecisa (por ejemplo, los libros llamados “en cuarto” pueden tener una altura de altura de 23 a 32 cm; los libros “en octavo” pueden ser de una altura entre 16 y 22 cm). En su lugar un se instalaba un sistema exacto de unidades (el métrico decimal) que es comprensible en todo el mundo.

## Comentarios finales

Dado el éxito de las innovaciones de Dewey en el campo de la bibliotecología, sus labores en otros campos han quedado opacadas en la historia. Poca gente sabe, por ejemplo, que se dedicó por más de cinco décadas a promover la adopción del sistema métrico decimal de pesas y medidas en Estados Unidos, y que, como se mencionó, creara para ese fin el American Metric Bureau. Tampoco es muy conocida su participación en otros proyectos sociales destinados a mejorar la educación y a promover la efectividad en el uso de recursos humanos y materiales, como la reforma ortográfica, el empleo de abreviaturas en la escritura, la taquigrafía, la economía doméstica, la reforma del calendario gregoriano y la eficiencia en todos los aspectos de la vida humana.

Durante sus últimos años de vida, Dewey dedicó parte de su tiempo y energías a ayudar a organizaciones centradas en promover el mejoramiento social. En 1918 fue nombrado presidente de la National Efficiency Society, descrita por él mismo como un “movimiento de alcance nacional, no para promover la eficiencia en el campo donde los ingenieros ya han logrado mucho, sino para extender los principios de eficiencia ingenieril a otras área de la vida” (DEWEY, 1918, p. 719-720). Y todavía un mes antes de su fallecimiento, Dewey se afilió a la World Calendar Association, una organización centrada en la modernización del calendario gregoriano —un esfuerzo que era similar en muchos aspectos a la reforma métrica, pero dirigida a modificar la forma de medir y calcular el tiempo (APOSTLE OF SIMPLIFICATION, 1932). El papel de Dewey en estas labores, si bien fue secundario, representaba una expansión natural de lo que podríamos llamar “la doctrina Dewey”: la utilización apropiada e idónea de los recursos al alcance para crear beneficios permanentes a favor de la mayoría de las personas.

## Archivos

MDP: Melvil Dewey Papers Collection, Rare Book & Manuscript Library, Columbia University.

## Referencias

- AMERICAN LIBRARY ASSOCIATION. 1893. *Catalog of "A.L.A." Library: 5000 Volumes for a Popular Library*. Washington: Government Printing Office.
- APOSTLE OF SIMPLIFICATION. 1932. *Journal of Calendar Reform*, v.2: 1, 18.
- BIDGOOD, J. 2011. Occupying Boston and Beyond, With Tent Libraries for All. *New York Times*. 22 de octubre: A9.
- BORGES, J. L. 1996. El idioma analítico de John Wilkins. En *Otras inquisiciones*: 162-169. Buenos Aires: Emecé.
- BURKE, P. 2012. *A Social History of Knowledge II: From the Encyclopédie to Wikipedia*. Londres: Polity.
- CHAN, L. M. 1981. *Cataloging and Classification: An Introduction*. Nueva York: McGraw-Hill, 1981.
- CHARTIER, R. 2000. *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XVI y XVIII*. Barcelona: Gedisa.
- COMAROMI, J. P. 1969. *A History of the Dewey Decimal Classification: Editions One through Fifteen, 1876-1951*. Tesis de doctorado, University of Michigan.
- DARNTON, R. 1987. Los filósofos podan el árbol del conocimiento: la estrategia epistemológica de la "Enciclopedia". En *La gran matanza de los gatos y otros episodios de la historia cultural francesa*: 192-215. México: Fondo de Cultura Económica.
- DAWE, G.. 1932. *Melvil Dewey, Seer: Inspirer: Doer, 1851-1931*. Lake Placid Club Nueva York: Melvil Dewey Biografy.
- DEWEY, M. 1876. *A Classification and Subject Index, for Cataloguing and Arranging the Books and Pamphlets of a Library*. Amherst: edición de autor.
- DEWEY, M. 1918. Efficiency Society. En *The Encyclopedia Americana: A Library of Universal Knowledge. Volume 9*: 719-720. Nueva York: Encyclopedia Americana Corporation.
- DEWEY, M. 1920. Decimal Classification Beginnings. *Library Journal*, v.45: 151-154.
- GRAZIANO, E. 1959. Hegel's Philosophy as Basis for the Dewey Classification Schedule. *Libri*, v.9: 4552.
- JEFFERSON, T. 1953. Notes on the Establishment of a Money Unit, and of a Coinage for the United States. En *The Papers of Thomas Jefferson. Volume VII*: 175-188. Princeton: Princeton University Press.
- KRAJEWSKI, M. 2011. *Paper Machines: About Cards & Catalogs, 1548-1929*. Cambridge: MIT Press.
- LIBRARY BUREAU. 1890. *Classified Illustrated Catalog of the Library Bureau*. Boston: Library Bureau.
- METRIC ADVANTAGES: Melvil Dewey Scores Opponents of Decimal Measures. 1925. *New York Herald Tribune*, 16 de febrero.
- MIKSA, F. 1998. *The DDC, the Universe of Knowledge, and the Post-Modern Library*. Albany: Forest Press.
- PEREC, G. 2001. Notas breves sobre el arte y el modo de ordenar libros. En *Pensar / clasificar*: 26-34. Barcelona, Gedisa.
- PETROSKI, H. 1999. *The Book on the Bookshelf*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- VERA, H. 2010. Melvil Dewey, Metric Apostle. *Metric Today: The U.S. Metric Association Newsletter*, v.45, n.4: 1, 4-6.

- WIEGAND, W. 1996. *Irrepressible Reformer: A Biography of Melvil Dewey*. Chicago: American Library Association.
- WIEGAND, W. 1998. The “Amherst Method”: The Origins of the Dewey Decimal Classification Scheme. *Libraries and Culture*, v.33: 175-194.
- ZERUBAVEL, E. 1997. *Social Mindscapes: An Invitation to Cognitive Sociology*. Cambridge: Harvard University Press.

## Sobre el autor

### Héctor Vera

<hhvera@hotmail.com>

Investigador del Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación, UNAM (México). Doctor en sociología y estudios históricos por la New School for Social Research (Nueva York, USA). Es autor del libro *A peso el kilo. Historia del sistema métrico decimal en México* (México, Libros del Escarabajo, 2007) y fue uno de los coordinadores de *Metros, leguas y mecatres. Historia de los sistemas de medición* (México, CIESAS, 2011). Entre sus artículos recientes están: “Decimal Time: Misadventures of a Revolutionary Idea, 1793-2008”, *KronoScope: Journal for the Study of Time*, vol. 9, 2009, pp. 29-48; “Por una sociología histórica del conocimiento”, *Sociología Histórica*, núm. 1, 2012, pp. 239-250; y “Norbert Elias and Emile Durkheim: Seeds of a Historical Sociology of Knowledge”, en F. Depelteau y T. Landini (cords.), *Norbert Elias and Social Theory: From Classics to Contemporaries* (Nueva York, Palgrave-McMillan, 2013).

Artigo recebido em 03 mai. 2014,  
aprovado em 20 ago. 2014.